

Jesús, hombre de su tiempo y de su espacio, nos muestra nuestra humanidad

Por Sr. María Chiara

n. 7 - Rey sin violencia

Había una vez un rey... no, no es uno de los cuentos de hadas que nos contaban de niños, y el rey no es de una época lejana, y no vive en un castillo. Es rey para siempre (Lc 1, 32-33), es rey hoy, y lo era ayer (Hb 13, 8), pero de un tipo distinto a los habituales. Es un rey que sirve, un rey que da vida, un rey que habita en cada uno y hace rey a cada uno.

Quizás podríamos decir que la mansedumbre es la característica con la que este rey se presenta, pero sobre todo debemos señalar que esta característica es también ese don del rey que hace real a quien lo recibe. Un rey manso que pueda donar el dominio de sí mismo, esa fuerza sin violencia que pueda hacer posible mantener intacta la identidad del Amor frente al mal.

Invoquemos al Espíritu

¡Espíritu de Dios ven!

Tú que nos reúnes en torno a la Palabra de Cristo,

ábre nos la mente y el corazón,

para que se reavive en nosotros el soplo de Dios,

y tú mismo, don perfecto,

puedas instruirnos,

puedas hacernos intuir, gustar, amar,

entrar en comunión

con el manso Señor de la historia.

Haznos leer no palabras,

sino que escuchemos la voz del amado

que todavía viene a nuestra Jerusalén.

1. Lectio

Del Evangelio según Mateo 21, 1-11

1 Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos, 2 diciéndoles: «Vayan al pueblo que está enfrente, e inmediatamente encontrarán un asno atado, junto con su cría. Desátenla y tráiganmelos. 3 Y si alguien les dice algo, respondan: «El Señor los necesita y los va a devolver en seguida». 4 Esto sucedió para que se cumpliera lo anunciado por el Profeta: 5 "*Digan a la hija de Sión: Mira que tu rey viene hacia ti, humilde y montado sobre un asno, sobre la cría de un animal de carga*". 6 Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado; 7 trajeron el asno y su cría, pusieron sus mantos sobre ellos y Jesús se montó. 8 Entonces la mayor parte de la gente comenzó a extender sus mantos sobre el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y lo cubrían con ellas. 9 La multitud que iba delante de Jesús y la que lo seguía gritaba: «*¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!*» 10

Cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y preguntaban: «¿Quién es este?». 11 Y la gente respondía: «Es Jesús, el profeta de Nazaret en Galilea».

Acerquémonos al texto

Estamos en el capítulo 21, en la primera sección (16, 21-25.46) de la tercera parte (16, 21-28.20). Tres anuncios de la pasión caracterizan esta sección en 16,21; 17,22; 20,17, seguidos de instrucciones a los discípulos.

El capítulo 18, con la pregunta de los discípulos sobre quién es el mayor en el reino de los cielos, abre el discurso eclesial de Mateo, donde la corrección fraterna, la oración y la recuperación del hermano a toda costa son las coordenadas fundamentales.

Los discípulos siguen a Jesús, pero no lo comprenden, justo después del tercer anuncio de la pasión hay quienes creen tener los primeros lugares en el reino que debe establecerse. Es aquí (20,25) donde Jesús retoma claramente la cuestión del v. 18,1 y les habla de las características de quien quiere ser grande, de quien quiere reinar: será el que sirve, con una forma de reinando diferente al de la opresión y del dominio... la nueva manera de reinar es servir, según el modelo del Hijo del hombre.

Jesús y sus discípulos prosiguen su camino, salen de Jericó con una gran multitud a cuestas: dos ciegos aclaman a Jesús Hijo de David: Jesús se detiene, se compadece y los sana. Éstos le seguirán, símbolo de los discípulos que ven; de aquellos que pueden ver, mientras los suyos, los que creen ver, no entienden. Todos, sin embargo, tendrán ante sus ojos una entrada triunfal en Jerusalén, pero de otro tipo de reino, que hay que reconocer: el reino de los mansos.

Dividamos el texto

Envío e instrucciones	vv. 1-3
De las Escrituras	v. 5
Asno y mantos	vv. 6-8
Aclamación	v. 9
Conclusión	v. 10-11

Envío e instrucciones

Cerca de Jerusalén, Jesús envía, envía a dos discípulos. El verbo utilizado es *apostello*, el mismo que emplea Mateo en 10,5, donde se envía a los Doce con el mensaje anunciando que el reino de los cielos está cerca. En el capítulo misionero vemos un envío y un anuncio ligado a un modo de ser, a la extrema sobriedad y gratuidad: gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dad (10,8).

En los versículos 1-3 de nuestro texto, dos discípulos son enviados al pueblo frente a ellos. ¿Por qué dos? Un primer sentido podría ser que, entre el primer envío y el segundo, está, en el capítulo 18, el discurso eclesial, donde Jesús afirma que donde están dos o tres reunidos en su nombre, él está entre ellos.

También se debe considerar que la validez de la palabra de testimonio se da por dos personas. Podríamos decir que al ir al pueblo, los dos son confiables para los hombres (por el testimonio) y ellos mismos confían en tener la presencia del maestro con ellos: dos representan a la comunidad reunida en torno a él.

El pueblo representa simbólicamente un ambiente cerrado, poco abierto a lo que viene de afuera, quizás los discípulos encontrarán obstáculos para hacer un gesto inusual: encontrando un asno y a su cría atados, tendrán que desatarlos y llevarlos a Jesús porque “El Señor los necesita, pero los dará de vuelta”.

Desatar al asno. Desatar a los destinados a llevar cargas, desatar a los destinados a hacer un trabajo duro propio en tiempos de paz, en efecto, como dice Isaías 32, el asno es liberado en el tiempo del advenimiento de la Palabra de Dios, en ese tiempo “mi pueblo habitará en una morada de paz, en moradas de quietud, en lugares seguros”... “Benditos vosotros, que sembraréis junto a todos los arroyos y dejaréis libres a los bueyes y a los asnos” (Is 32,18.20). Los discípulos, como en el primer envío del v. 10,5, siguen el mandato de Jesús y, a diferencia del 10,5, preparan un nuevo anuncio del reino mesiánico, el anuncio de la **paz mesiánica**. Es un mesianismo que no es posesión: el asno y el pollino serán devueltos. Pero el Señor los necesita. ¿Por qué?

De las Escrituras

Llevar a Jesús un pollino de asno, que estaba atado, para que pueda subirse a él, es una referencia a la realeza: recuerda Gen 49,10, cuando, en su bendición, Jacob asigna a Judas el cetro y el bastón de mando, diciendo que él “ata a la cintura su asno”. El asno atado es, pues, una referencia a “el que ha de venir, a quien se debe la obediencia de los pueblos” (49,11). Sin embargo, esta realeza no tiene nada que ver con el poder, la dominación y la fuerza. **Atar y desatar** se convierten en acciones simbólicas, respectivamente, de la referencia a **la dinastía real** y del anuncio de un **tiempo de paz**.

Mateo, como Juan, subraya la profecía de Zacarías 9,9: el asno se hace identificar y perfila un camino diferente de triunfo. ¿Qué mesianismo, qué realeza se está realizando en Jesús? Este rey no tendrá el antiguo aparato de los reyes históricos, ni el caballo, orgulloso animal de guerra, sino que vendrá “manso, sobre un pollino hijo de asno”. La profecía sobre el Mesías de Zacarías continúa en versículos no citados por Mateo: “hará desaparecer el carro de guerra... el arco de guerra se romperá, anunciará la paz...” (Zc 9,10). Si releemos a Sofonías notamos que la mansedumbre y la humildad no conciernen sólo a la persona individual del rey, sino que, en las promesas de Dios sobre la conversión de los pueblos, la humildad es la característica del resto de Israel, del pueblo fiel que confiará en el Señor (Sof 3,12).

El salmo 44, salmo real/nupcial, muestra al esposo Rey “cabalgando por la causa de la verdad, la mansedumbre y la justicia” (44,5): la tradición judía y cristiana interpreta el salmo como una referencia a las bodas del Rey-Mesías con Israel, figura de la Iglesia. Entonces, demos un paso más: un rey que trae paz, un rey manso, un rey novio está entrando en Jerusalén. Su mansedumbre es un ajuar nupcial, es entrar en comunión con su pueblo. La mansedumbre es la causa del avance del esposo rey junto con la verdad y la justicia.

Podemos ver cómo desde muchos ángulos el escrito prepara para un mesianismo que nada tiene que ver con la orientación “zelotea”, es decir, de aquellos que imaginaban un reinado de lucha violenta para la instauración del reinado de David contra el opresor romano.

Asnos y mantos

El asno es una bestia de carga. Los discípulos la llevan con el pollino ante Jesús, y los cubren con sus mantos para que él se siente. El peso, la carga a llevar es un rey incómodo, no violento, no beligerante. El rey manso a entrar en la ciudad no oprime, es una carga, pero un peso ligero (Mt 11,25); no usa la violencia, sino que es una promesa de paz en una fuerza que rompe el

círculo de acción-reacción; rompe el círculo del mal con el bien. El peso, la carga a llevar es una paz no comprendida por los demás, no conquistada con el arco, sino con el don de la vida: “el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor... Como el Hijo del hombre que no viene a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20,28).

Necesitamos el don de la vida, hacer disponible también nuestra propia vida, la de los discípulos, para entrar con el maestro que ofrece la suya. Los discípulos extendieron sus mantos... he aquí el símbolo de someter la propia vida, haciéndola disponible: el manto es símbolo de la persona. Pero el manto es también un recuerdo, una vez más, como los versículos anteriores, de los símbolos reales de Israel: en 2Re 9,13, Eliseo unge a Jehu rey “entonces se dieron prisa y tomando cada uno su manto, lo extendieron sobre los escalones que estaban debajo de él”, como la multitud al paso de Jesús, vemos confirmadas hasta aquí las características de una entrada regia, pero de un rey no violento; una entrada donde triunfa la mansedumbre, vista como una alternativa a la esclavitud del otro y un don de sí mismo. En su tiempo y en su espacio vital, pero más allá de las situaciones de cada tiempo y lugar, en Jesús se encarna el rostro del único modo de ser rey según Dios; se nos muestra un camino humano que no se doblega en el dominio de fuerza, sino que se expresará como una alternativa a la esclavitud del otro, concretamente en el darse, materialmente en el despojarse.

Si ofrecer el manto a la entrada de Jerusalén significaba discipulado, involucrando la propia vida con la del maestro, más tarde, en el corazón de Jerusalén, todo será diferente: el rey manso será despojado y vestido con el manto de un soldado romano, escarlata, manto de violencia (Mt 27,28). En la pasión a la que la ciudad santa lo expondrá, la paradójica, en la incomprensión se burlan de la realeza misma: “Salve, rey de los judíos” (Mt 27, 29).

No es aceptable que el hombre de todos los tiempos reine sin subyugar, sin imponerse con violencia: ¿qué rey eres? El que no es violento, Jesús, el manso, se reviste abusivamente de la pasión, como para justificar la normalidad de la violencia, con el único modo en que el poder puede concebir un reino: el manto de la violencia. Si el manto representa simbólicamente a la persona, el escarlata, en la pasión, no representa a Jesús: la apariencia de realeza, la estética del poder y la violencia sobre él no tienen consistencia. Jesús muestra, justo en la pasión, y hasta el final, la diferente realeza, el señorío de la mansedumbre aún en la afirmación de su propia identidad “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, “Tú lo dices” (Mt 27, 11).

Aclamación

Volvamos a nuestro v. 9. La multitud vitorea “¡Hosanna!” es decir, “¡Dar salvación!”. El grito de la multitud que precede y sigue a Jesús retoma el Sal 118,25; salmo del pueblo reunido para la fiesta de las Cabañas que, agitando hojas, se dirige hacia el templo. El grito era una aclamación ritual a la que el sacerdote respondía dando la bendición: “Bendito el que viene en el nombre del Señor” (v.26). El grito se transforma en alabanza a quien es el prometido, al esperado, al hijo de David, al rey: “¡Da la salvación!”. Pero, ¿realmente se quiere ser salvado por un rey de paz? ¿Por un rey no violento? ¿La multitud se da cuenta de lo que dice? ¿en lo que se está convirtiendo su grito?

La evidencia que nos delata es la de nuestros días: no aceptamos el poder desarmado. De hecho, ni siquiera la multitud lo aceptará. Esperaba la liberación del poder romano, el establecimiento de una era de libertad: “¡Da la salvación!”, “¡Ayúdanos!”. Pero tiene delante de sí a un rey que avanza por su mansedumbre... La multitud no se da cuenta de que están pregando un camino de salvación que en realidad negarán, se burlarán. Ese “bendito que viene

en el nombre del Señor” muestra otro rostro del Señor, propone otro camino de salvación. Realmente querer unirse al séquito de este rey, para ser salvado por él, es un inconveniente.

Conclusión

Surge un contraste evidente entre el entusiasmo de la multitud y la reacción de Jerusalén ante la entrada de Jesús: Jerusalén se apoderó de la agitación, o mejor dicho, se estremeció. Se utiliza un término en griego, *eseiste*, que indica la conmoción provocada por un terremoto.

Podemos ir con la mente a la conmoción de la misma Jerusalén al comienzo del Evangelio de Mateo, cuando llegan los Magos buscando al rey de los judíos (Mt 2,3). ¿Por qué Jerusalén está siempre patas arriba ante un probable rey de los judíos? La convulsión del estatus de poder, el miedo al frente fanático, las tantas represiones de autodenominados mesías terminaron en sangre y en nada... ¿Quién es? Una pregunta similar había hecho Jesús a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?” (Mt 16,13). Los discípulos, excepto Pedro, que lo reconoció como Cristo, respondieron “el Bautista, Elías, Jeremías o uno de los profetas”.

Incluso la multitud, que recibe a Jesús con honores reales y mesiánicos, da un paso atrás... ¡sí, después de todo es sólo el profeta Jesús de Nazaret! Si Jerusalén tiene miedo de ver afectado el poder establecido, la multitud, ante la conmoción de Jerusalén, ¡comienza a darse cuenta de que es incómodo estar en la estela de un rey sin violencia!

Sin violencia no significa rey sumiso: en la cruz Jesús responderá a la manera real de Dios; servicio, a los gritos blasfemos del pueblo que lo quiere crucificado: “¡Su sangre cae sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” (Mt 27,25). La referencia a la alianza de Moisés, a la sangre derramada que selló la alianza (Ex 24,4-8), se realizará verdaderamente de manera paradójica. Incluso la violencia del hombre es transformada por el ungido del Señor, por la mansedumbre del Hombre-Dios, por su vida encarnada (simbolizada por la sangre), en cauce de comunión, de nueva alianza (Mt 26,28), de un pacto nupcial con quien lo niega. En la cruz, en secreto, en medio de la burla, el poder del amor impregna también el odio, lo desactiva desde dentro, creando las premisas del mundo nuevo, de la paz mesiánica anunciada al entrar en la ciudad santa.

2. Meditatio

- ¿Si fuéramos mantos? ¿Y si fuéramos asnos? A veces pensamos que somos moderados pacificadores. Pero la evidencia de nuestro corazón a menudo nos dice que no somos ni paz ni mansedumbre.

- Nos anima pensar que, como el burro, **llevamos** el peso de una paz ya alcanzada por Cristo: la llevamos, somos portadores del Rey de la paz en nuestro corazón inquieto, portadores del Rey de la paz para que a través de nuestro lento caminar pueda finalmente hacer su entrada en nuestra Jerusalén, en la Jerusalén del mundo. Sí, un bien que se nos ha confiado es la paz; que no somos capaces de alcanzar pero que nos ha sido dada, la paz como comunión sponsal, como don nupcial.

- ¿Cuán cierto es que Jesús, manso rey de paz, a pesar de nuestras angustias, nos muestra nuestra humanidad? Probablemente esto sea cierto en la medida en que no nos muestra simplemente un icono de la no violencia, del pacifismo. Nos invita más allá; a buscar dónde en el hombre herido, en una historia inevitablemente impregnada de violencia, se esconde la fuerza impotente del Señor.

Entrar en Jerusalén, en el lugar del conflicto, ¿con qué mirada? ¿Y si, como en la cruz, en conflicto, encubiertamente, un mundo nuevo gime por emerger? La vida de Dios nunca deja de fluir, jamás... ¿y si la mansedumbre se convirtiera en una profesión de fe en el amor que nunca

deja de obrar justo cuando se ve obstaculizado? ¿Y si se convirtiera en una forma de leer y permanecer en la historia, atenta a un cumplimiento en ciernes, pero con manos de partera, activa en sacar a la luz el don mesiánico, fruto de la Pascua de Cristo?

De la *Carta de un párroco a un hermano de la Camorra* de Don Maurizio Patriciello

¿Quién es un camorrista? Un hermano. Una persona que, por desgracia, es un lobo de otras personas. Y los humilla, los oprime, los traga, los mata....

¿Qué es el Evangelio? Estupendo e inimitable anuncio de salvación, de libertad, de dignidad recuperada. De amor. Para todos, incluso para la propia Camorra. El cristiano recibe y anuncia estas Palabras penetrantes y liberadoras que nadie ha sabido pronunciar antes. Palabras que lo hechizaron, lo sedujeron, lo hicieron prisionero con alegría. A esas palabras decidió apostar su vida. El mal es un camaleón. Se disfraza, se transforma, cambia de piel y de color....

¿Y sí te amenaza? No me gusta, pero sigo mi camino. La fe en Jesús, la sed de justicia, la verdad, la dignidad son nuestra segunda piel. Nosotros peleamos. La lucha entre el bien y el mal tiene raíces antiguas; cada uno está llamado a hacer su propia contribución. Lamentablemente, como un verdadero ilusionista, hasta el mal fascina. Una sirena que primero te encanta y luego te devora. El deseo del bien, en cambio, no grita, susurra. No te marea y luego te derriba, sino que te da paz, hermosa, fuerte, duradera.

Los prisioneros del mal, para alcanzar sus objetivos, profanan, contaminan, aterrorizan, matan. Los enamorados del bien aman también a los que pisotean ese bien. Y separan el grano de la persona, de la cizaña de sus acciones. Paradoja: quien se preocupa por el bien lo hace también a favor del adversario, de sus hijos, de su familia.

¿Usted me está matando? Yo te amo. ¿Quieres oprimir mi existencia? Yo lucho por tus derechos. ¿Estás cumpliendo tu merecida condena en prisión? Vengo a visitarte y a permanecer junto a tus hijos a quienes tuviste que abandonar por tu maldad. ¿Colocas una bomba de papel en la entrada de mi iglesia para asustarme? Yo rezo por ti y por tus seres queridos. He aquí, hermano de la Camorra, quién es el hombre al que quieres asustar: un simple sacerdote pobre, enamorado de Jesús, de su Iglesia, de su vocación. Un sacerdote pobre, pero obstinado, que no se resigna a bendecir los ataúdes blancos de los jóvenes cuya vida has arruinado...

Sabes todo sobre mí, nombre, apellido, fecha de nacimiento - te acordaste de mi cumpleaños - dirección. Tú sabes que todas las tardes, en verano y en invierno, me encuentras, puntual, en el altar. Si quieres lastimarme - pero ¿por qué deberías hacerlo? - es fácil.

Un sacerdote, con los brazos en alto para pedir clemencia, es el hombre más frágil del mundo. Pero, no lo olvides, también el más fuerte. Sería un auténtico cobarde, ¿no crees? Lo sé, muchas veces me has dicho, a tu manera, que me amas, pero no comprendes mi obtusa terquedad de seguir entrometiéndome en asuntos que, a tu juicio, no me conciernen.

Lo sé, me lo escribiste, que hasta en la cárcel hablas bien de mí. Pero... hay, un 'sin embargo', que no puedes digerir. Y es precisamente sobre ese 'sin embargo', que debemos entendernos. Dame tu mano. Hagamos las paces. Pero, no hagas trampa. Debes saber que la Iglesia en la que fuiste bautizado, te sigue

amando. Y espera lo mejor para tí. Su mayor alegría sería verte libre, honesto, arrodillado al pie de la cruz pidiendo perdón por el mal hecho. ¿Una utopía? ¿Y por qué? Te espero, hermano de la Camorra. Sigo esperando. Te amo, quiero tu bien, el bien de nuestro pueblo. Por favor, intenta amarme también. No lastímes, no te lastímes, y si puedes, no me lastímes.

3. Oratio

Danos, Señor, el poder mantener nuestros pies sobre la tierra,
y nuestros oídos apuntando hacia el cielo,
para no perder nada de tu Palabra.

Danos, Señor, una espalda valiente,
para soportar a los seres humanos más insoportables.

Danos, Señor, el caminar rectos,
despreciando las caricias halagadoras
y esquivando los latigazos.

Danos, Señor, el ser sordos
a los insultos, a la ingratitud,
es la única sordera a la que aspiramos.

No te pedimos que nos evites todas las tonterías,
porque un asno siempre hará cosas burras...

Solo danos, Señor, el nunca desesperar
de tu misericordia tan gratuita,
que das a esos burros tan miserables como somos,
por lo que dicen esos pobres seres humanos,
que no han entendido nada ni de los asnos, ni de Tí,
que huíste a Egipto con uno de nuestros hermanos,
y que hiciste tu entrada profética en Jerusalén,
sobre el lomo de uno de nosotros.

4. Contemplatio

Dejémonos cubrir por las infinitas posibilidades que tiene el don de la mansedumbre para hacer real nuestra existencia y, como bautizadas, revestidas de los tres *munus* de rey, sacerdote y profeta, alabemos al Señor de la historia.

5. Collatio

Compartamos el fruto de la escucha de la Palabra.